



Blas Matamoro El amor en la literatura: De Eva a Colette

Razón y locura del amor

PRELUDIO

No se asuste quien lea. No se trata de una exhaustiva historia de la literatura amorosa. Sólo daré, más o menos ordenadamente en el tiempo, algunas referencias tomadas de las letras europeas y americanas, las únicas que en parte he recorrido. Si prefieres: de Occidente, con el reparo doble de que Occidente no es un lugar fijo sino el sentido aparente de la trayectoria solar, admitiendo que el Sol se levanta y se pone cada día; y que, además, mucho nos viene a los occidentales, en esta materia, de Oriente Próximo: Babilonia, Palestina, Jonia.

Lecturas recurrentes y comentarios o discusiones con los compañeros y los alumnos me permiten fijar algunas constantes temáticas que espero exponer en las páginas siguientes. Son ellas:

-- El amor requiere ser dicho – si se prefiere, aplicando la fórmula usual: declarado -- y genera una literatura.

-- El amor es asocial y existe fuera de los parámetros de la convivencia cotidiana, por lo que guarda una innegable similitud con la utopía.

-- El amor constituye la subjetividad del enamorado y demanda una subjetividad adecuada a la suya, el ser amado.

-- El enamorado idealiza a quien ama y se idealiza en la idealidad de su enamoramiento.

-- El punto de partida de esta doble afirmación es el narcisismo secundario. Cuando Narciso advierte que su rostro en el espejo del agua es irreal como tal rostro, una mera apariencia, busca construir espejos que tengan una realidad objetiva, fuera de él mismo, y proyecta la belleza fugitiva y endeble contemplada en la fuente sobre el cuerpo del otro.

-- Constituida esta doble subjetividad por efectos del sentimiento en lo interno y de la imaginación – imagen sin objeto que la sustente, conforme la fórmula kantiana – en lo externo, el sujeto se disuelve en el objeto amado y se transfigura en él como una enésima subjetividad. Por esto, el amor guarda parecidos estructurales con la visión mística y la invención poética.

-- Sea cual fuere el sexo de los sujetos en cuestión, siempre el elemento que activa el vínculo es una mujer: amiga, madre, diosa o cualquier otra identidad que alcance.

Obviamente, el amor es un sentimiento de diverso grado, entre la emoción cálida y reventona, que dura poco, hasta la pasión, tensa y fría, que dura para siempre. Cuánto dura el *siempre* no es el tema de estas líneas. En todo caso, es

también obvio que todo sentimiento ocupa un espacio inmanente al sujeto, al individual sujeto de cada quien. En tal sentido, es único y de lo único no hay razón – razonar es comparar – y tampoco hay lenguaje – salvo el idiolecto, que sólo entiende quien lo emite o sea, prácticamente, nadie. Entonces: el amor como tal y como cualquier otra experiencia afectiva, es indecible. Inefable pero, por lo mismo, estimulante para el signo. No puede decirse pero hace decir. Esto explica la proliferación de las literaturas amorosas. Obedeciendo a las constantes que acabo de enumerar, tendríamos una repetición en el tiempo, un cuento reiterado, el cuento de nunca acabar que es así porque nunca empezó.

Teniendo en cuenta al cuento, podemos decir que el amor es un mito, esa historia que, por no haber ocurrido nunca, está ocurriendo siempre. Pero las literaturas del amor, aunque constantes en su estructura, difieren en lenguas y en retóricas, que son todas temporales, fechadas, circunstanciadas en el devenir. Y, así visto, el amor es histórico.

En un libro clásico y decisivo, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (1936 y 1968), Norbert Elias explica la historia humana como la lenta alteración de estructuras de afecto y control, siendo en la comunidad muy fuerte la afectividad que relaciona a los individuos y, en la sociedad, dominante la neutralidad afectiva. Hay cambio pero es inespecífico, al revés que en el progreso mecánico de los sistemas progresistas del siglo XIX.

Las civilizaciones se pueden caracterizar por el ordenamiento, válido de prohibiciones y estímulos, de los afectos fundamentales: vergüenza, dolor, angustia, miedo, etcétera, a los cuales añado por mi cuenta el amor en los diversos niveles de intensidad y duración ya esbozados. Es decir: en cierta medida, una civilización es un código de manifestación de afectos, que premia o castiga según valores dominantes, unas u otras expresiones afectivas. Dentro o fuera de las civilizaciones existen las culturas. Aquéllas se definen por subrayar todo lo que los hombres tienen en común y éstas, todo aquello que los diferencia. En ambos casos, las letras del amor dan carácter a la civilización a la cual pertenecen y, en esa proporción, contribuyen a definirla. Dicho más apretadamente: hay textos amorosos civilizados y cultos.

Aceptando muy anchas convenciones, es posible decir que la cultura, por su misma denominación – cultura: cultivo – se aproxima a la naturaleza y que en ella todo nace, crece, eclosiona, florece, frutece, se agosta y muere como las plantas y los animales. En tanto, la civilización se caracteriza por acentuar las técnicas de vida. Lo rural y lo urbano y, de nuevo, el mito --que se repite como las cuatro estaciones del año y los ciclos agrarios -- y la historia, donde todo ocurre por única vez. Las letras del amor se han valido de todo esto, a veces ordenadamente (¿clásicamente?) y otras, arrebatadamente (¿románticamente?).

Por su carácter asocial, el amor prescinde de una sociedad o se enfrenta a ella. Pero la literatura amorosa se formula en lo más social que existe: una lengua. Y, por íntimo que sea su género – epistolario, memorias, autobiografía – siempre se dirige a un tercero, aunque sea a uno solo, y este encaminarse establece un contacto social. La sociedad puede ignorar o castigar a los amantes si considera su asocialidad como peligrosa pero, a la vez, recupera el fenómeno amoroso si se digna inspirar alguna escritura. La cólera del enamorado Aquiles genera la *Iliada*. La admiración del enamorado Dante genera la *Divina comedia*. En la Alemania del siglo XVIII la carta era considerada una pieza de gusto plebeyo, despreciado por la nobleza, en tanto en el XIX los románticos la juzgaron lo más depurado del arresto confidencial, prueba de la nobleza del alma.

La ambivalencia tiene su deriva filosófica en algo que inquieta a nuestros textos pues si bien el amor es asocial no queda claro que sea también amoral como lo es todo fenómeno de la naturaleza. Kant sostiene que la moralidad nace de la cultura pero que la ética es una actividad civilizada. Una cosa son las costumbres, que se transmiten por tradición, y otra, la reflexión acerca de la calidad que tienen las normas a observar por el individuo humano.

Lo digo porque las literaturas del amor tienen que ver, muy ampliamente, con la concepción moderna del individuo, tomando como ejemplo fundacional al Ulises homérico, el que desafía a las fuerzas divinas y naturales provisto de su astucia. El individuo moderno tiende, entre muchas otras cosas, a distanciarse de la naturaleza – considerada un proceso objetivo a estudiar -- y de sí mismo, por lo que el mundo de los afectos propende a ser dotado de sentido y de fines. La experiencia propia es motivo de reflexión, dando lugar a la psicología – ya Ulises la tiene, no sólo carácter y aventura – y el pensamiento racional se traduce, inevitablemente, en saber moral.

Todos estos elementos juegan en la búsqueda que sigue. Debo admitir que ella no tiene fin, aunque afortunadamente este libro sí lo alcanzará. Y no tanto porque sea infinita sino, tal vez, porque el hallazgo de un límite definitivo o, lo que es lo mismo, una meta, la mataría y la muerte acaba con todo, incluido el amor y sus fantasías de inmortalidad. Mejor lo dice George Santayana en *El vórtice de la dialéctica*, que narra el fantástico reencuentro, en la eternidad de las almas, entre Sócrates y Alcibíades, el feo maestro y el bello discípulo. Sobre el amor le dice Sócrates: “Es el asunto más interesante que hay, de modo que todo lo nuevo que te haya comunicado sobre él será bien recibido, especialmente porque, concluyo, a pesar de que ha sido durante miles de años el asunto favorito y casi único de poetas y cuentistas de todo el mundo, no han sido capaces de avanzar ni un paso en el descubrimiento de la verdad.” (traducción de Daniel Moreno Moreno). Verdad inalcanzada por la historia, verdad inalcanzable al humano entendimiento, acaso misterio o mero enigma: el amor.